

SERGIO TOMÉ FERNÁNDEZ

Departamento de Geografía, Universidad de Oviedo

Posguerra y ciudad, la memoria del comercio perdido

RESUMEN

Éste es un acercamiento al pasado reciente de las ciudades españolas, desde la función comercial entendida geográficamente como fuente de vida, agente de crecimiento espacial, modelador de paisajes e indicador complejo sobre las formas de vida y relaciones de clase. Se reconstruye el sistema de distribución existente hace medio siglo, prácticamente desaparecido hoy, valorando en él la permanencia y transformación de elementos heredados, tanto en términos funcionales como en su traslado al escenario urbano.

RÉSUMÉ

L'après-guerre et la ville, mémoire du commerce perdu.- On étudie le passé récent des villes espagnoles et sa fonction commerciale au sens géographique: source de vie, moteur de la croissance, créateur de paysages, et indicateur complexe sur les formes de vie et les relations de classe. On reconstruit le système de distribution existant pour un demi-siècle (presque disparu aujourd'hui), la conservation et la transformation des éléments hérités, compris fonctionnellement et dans leur distribution sur la scène urbaine.

INTRODUCCIÓN

Se intenta profundizar en la comprensión del comercio urbano mediante una retrospectiva hacia el tramo central del siglo xx, tiempo previo a los procesos de urbanización acelerada y modernización económica que sentaron las bases de la ciudad actual. El periodo de estudio se extiende desde el desenlace de la guerra civil hasta la llegada del desarrollismo, breve etapa insuficientemente explorada hasta la fecha desde la geografía urbana, fuera de los mayores núcleos. El objeto de reflexión es la vertiente espacial, paisajística y morfológica de la actividad mercantil, que, a pesar de su trascendencia y fuerte ren-

ABSTRACT

The post war years in the city, the memory of the lost trade.- This is a brief outline of the events about the early past of the Spanish cities, looking at the commercial function (in a geographically-base study) as a source of life, an agent of the special growth, as the one that shaped the landscapes and as a complicated indicator of the way of life and the relationships between people of all social classes. The existing distribution system (almost extinct nowadays) half a century ago is reconstructed. In that system we assess the continuance and changes of inherited elements, not only in a functional way, but also in the urban setting.

PALABRAS CLAVE/MOTS CLÉ/KEYWORDS

España, ciudad, desarrollo urbano, centro urbano, comercio, actividades terciarias.

Espagne, ville, développement urbain, centre-ville, commerce, activités tertiaires.

Spain, city, urban development, city centre, trade, tertiary sector activities.

dimiento para la investigación al tratarse de un asunto transversal, apenas ha sido objeto de atención más allá de las dinámicas actuales. Atendiendo a esas circunstancias, el trabajo tiene carácter general, pero sus coordenadas espaciales se circunscriben al conjunto de las ciudades medias, entendiendo dicha categoría en forma abierta, como las poblaciones del tipo corriente que ejemplificaban la vida urbana dominante durante la autarquía. Aquellos años fueron cruciales para muchas de ellas por su reconstrucción posbélica, el crecimiento experimentado o la postración. En términos de intercambio o distribución asomaban tensiones crecientes entre estructuras heredadas e impulsos transformadores, que anticipaban

la posterior revolución comercial. El origen del proceso renovador se remontaba al siglo XIX, según demostró Quirós Linares (1991), y su avance fue muy considerable durante el primer tercio del XX (Mirás Araujo, s. f.), tanto en la orientación, el tamaño y grado de especialización de las tiendas como en sus exigencias o pautas espaciales y su materialidad. Estos breves apuntes, de índole básicamente cualitativa, fueron redactados utilizando la bibliografía disponible (monografías locales y aproximaciones teóricas), el material gráfico de época y los datos obtenidos en las entrevistas a una decena de informantes cualificados¹.

II. LOS FACTORES PROPIOS DE UN CONTEXTO DICTATORIAL, AUTÁRQUICO Y DE RECONSTRUCCIÓN

Las condiciones imperantes entre 1939 y 1959 tuvieron un efecto ambivalente sobre el comercio urbano y los servicios comerciales asociados. La caída de la producción económica y los problemas de distribución obraban en contra, particularmente hasta el año 1952 según la periodización que estableció Gago González (2007, pp. 18-19) basándose en la libertad de ventas, las importaciones y el incremento de los bienes disponibles. Eran diferencias considerables con respecto a la primera posguerra, dominada por el racionamiento y su consecuencia directa, la práctica organizada del estraperlo, que restó visibilidad a una porción sustantiva del intercambio mercantil². Todavía en los años cincuenta, no digamos antes, la penuria, o al menos la seria dificultad que para las capas mayoritarias de la población entrañaba el abastecimiento o la reposición de ciertos bienes, marcó profundamente la vida comercial. Se multiplicaron los establecimientos dedicados a la reparación de toda suerte de objetos (medias, zapatos, relojes, joyería, vehículos), las modistas de arreglos que adaptaban o daban la vuelta a la ropa, los vendedores callejeros de mercancía de poco valor por unidades o en muy pequeñas cantidades. Proliferaron, según Carandell (1990, p. 3) los puestos de carbón

de leña para el brasero, las tiendas de artículos arreglados de precio como las gabardinas que sustituían a las prendas de más abrigo. Pero la guerra había sido un conflicto de clase, y sus triunfadores también dejaron huellas muy características y establecieron excepciones dentro de ese panorama de dificultad, tanto más llamativas cuanto más cercanas a 1939. Estudiosos como Abella, Pardo y otros (1990) ya han señalado la temprana aparición, sobre todo en grandes urbes, de un comercio lujoso (camiserías, sederías, peleterías, perfumerías, bazares de regalos), al servicio de las grandes fortunas y los nuevos potentados, beneficiarios del agio practicado con impunidad³. En poblaciones de provincia sólo hubo un pálido reflejo de aquello, aunque la reducción de escala no altera el significado en términos de ostentación de la riqueza. La posguerra dejó en muchas ciudades la arquitectura más suntuosa de la época contemporánea, y en consonancia con ella al menos algunas nuevas tiendas altamente exclusivas, como las poseedoras en concesión de la muñeca Mariquita Pérez. Su contraste con el modesto comercio dominante señalaba el tremendo clasismo de la época y la profunda desviación en los géneros de vida. Aquel tiempo trasladó igualmente al sistema comercial el poder desmedido de la Iglesia, que quizá pasaba más inadvertido en otros campos empresariales (banca, construcción) pero no en la enseñanza o los medios de comunicación, y afloraba insistentemente en las imprentas, tiendas de imaginería, librerías y papelerías. El paradigma pudo ser Zamora, donde «las dos únicas librerías que hubo en mucho tiempo se denominaban Pya y Religiosa» (Sánchez Santiago, 2007, p. 16).

La reconstrucción posbélica, planteada con arreglo a premisas propias de un sistema productivo autárquico, y los movimientos de población motivados por la falta de medios de vida estimularon paralelamente la actividad comercial. Al menos en determinadas partes del país, y sobre todo al avanzar los años cincuenta, fueron sentándose ciertas bases de lo que sería el despegue desarrollista, antes del cual no llegan a superarse las condiciones de precariedad. En apoyo del sector económico dedicado a la distribución intervino el aumento de la demanda urbana, resultante de una dinámica demográfica positiva, aunque el poder adquisitivo predominante fuese muy limitado. La inmigración intraprovincial hacia las capitales o sus equivalentes, alentada por los factores de atracción de éstas o por la simple repulsión del campo,

¹ Los informantes fueron Sara Álvarez, Iluminación Borrell, Braulio Carrasco, María Concepción Esteve, Emilia Fernández, Juan Manuel López, Ángel Martínez Robles, Francisco Quirós, José Romero y Aurelio Tomé. Son comerciantes, dependientes de tienda, almacenistas, una cajera, dos amas de casa y un catedrático universitario, con edades entre sesenta y ochenta años y procedencias geográficas diversas.

² Sobre la práctica del estraperlo, son de referencia obligada Abella (1985), Abella y Pardo (1990), Barciela (1989), Barciela y otros (2010), Clavera (1976) y Martí Gómez (1995).

³ Abella y Pardo: *La vida cotidiana en los años cuarenta*, pp. 39 y 99; Abella y Pardo: *La vida cotidiana en los años cincuenta*, pp. 30, 43 y 85.

arrojó saldos muy cuantiosos en las provincias de mayor entidad poblacional. Valgan como ejemplo Burgos, León y Salamanca, en la comunidad de Castilla y León, estudiadas por Delgado Huerta y otros (1989, p. 28). En 1950 diez ciudades del grupo estudiado habían incrementado sus censos hasta volúmenes situados entre cien y ciento treinta y siete mil habitantes: Cádiz, Cartagena, La Coruña, Gijón, Jerez, Oviedo, San Sebastián, Santa Cruz de Tenerife, Santander y Vigo (Terán Troyano, 1999, p. 260). Los datos del Anuario Estadístico de España del INE, elaborados por Andrés López (2004, p. 191), revelan fortísimos crecimientos entre 1930 y 1950: La Coruña ganó casi 60.000 personas, y la capital tinerfeña más de 41.000. Otras seis (Badajoz, Burgos, León, Orense, Pamplona y Salamanca) superaron los 30.000, aunque en algún caso pesó la anexión de municipios colindantes⁴. Lugo y Albacete sumaron más de 20.000 individuos, y entre 11.000 y 20.000 Cáceres, Palencia, Segovia y Zamora, experimentando procesos que salvo en la segunda de ellas carecieron de suficiente continuidad posterior. A la altura de 1950 ya habían conocido una gran expansión Tarrasa y Jaén, situándose ambas en torno a los sesenta mil habitantes. A lo largo de esa década Vitoria creció más de un 41 %, y Badajoz alcanzó las cien mil personas (Fig. 1). De manera que en 1960 ya había 141 núcleos de entre 20.000 y 100.000 habitantes, y 18 en el arco que va desde los 100.000 hasta los 200.000 (Valero Lobo, 1999, citado por Senabre López, 2002, p. 268)⁵.

Entre los componentes más activos de aquella red urbana, Vigo o Vitoria encontraron en sus grandes y medianos proyectos industriales un motor de crecimiento que propulsó indirectamente el desarrollo comercial⁶. Tanto o más interesante es el apogeo de las ciudades minero-industriales, que alcanzaron durante el periodo autárquico tamaños de cierta consideración, entre 23.000 y 30.000 habitantes localidades como Mieres y Ponferrada⁷. Esos volúmenes poblacionales, puestos en relación con las grandes fortunas forjadas en poco tiempo y con la cuantía



FIG. 1. Confitería en la calle Dato (Vitoria).

relativamente importante de los salarios percibidos por ciertos grupos, propiciaron la creación de dispositivos comerciales bastante peculiares: mueblerías, tiendas de aparatos eléctricos, confecciones, calzados, loza-ferreterías y joyerías. Hubo en fin otra categoría de ciudades que experimentaron un dinamismo mercantil de perfiles particulares por su condición de puertos francos, traducida tanto en las importaciones como en la radicación de grupos característicos. Es el caso de Ceuta desde 1956, al independizarse Marruecos (Silva Pérez, 2008, pp. 152). O el de Santa Cruz de Tenerife, donde a partir de la posguerra mundial comenzaron a establecerse comerciantes foráneos de diversas procedencias, destacadamente los hindúes para abrir bazares y comercios lujosos de vestido y calzado (Murcia Navarro, 1974, pp. 405-409).

El balance entre impulsos de signo positivo y factores desfavorables no permitió que el comercio jugase, en España como en otros países, un papel equivalente al actual, dentro de economías nacionales con fuerte peso de las actividades primarias (Beaujeu Garnier y Delobez, 1977, p. 51). La importancia comparativamente superior de la agroganadería todavía retenía fuertes contingentes demográficos en el medio rural, aunque ya se había iniciado la sangría migratoria que culminará en las décadas siguientes. Con más población, más repartida, y sin una movilidad como la que se introducirá prácticamente ya en los años setenta, las pequeñas ciudades, las villas y cabeceras comarcales conservaban aún en gran medida su fuerza de atracción sobre los espacios subsidiarios (comarcas, valles etc.). Podría afirmarse entonces que el comercio era una función distribuida territorialmente de forma más armónica, o con mayor proporcionalidad entre las diferentes categorías de núcleos urbanos.

⁴ Orense saltó de 28.397 habitantes en 1940, a 63.450 en 1959, según López Taboada (1996), citado por Somoza Medina (2002, p. 218).

⁵ Jaén pasó de 39.787 habitantes en 1931 a 61.610 en 1950 (Arroyo López y otros, 1992, p. 46). Tarrasa alcanzó los 58.880 habitantes en 1950 (V. A., 2001, p. 36) y Badajoz ascendió desde 47.276 personas (1937) hasta 100.000 (1959) (Fraile Casares, 1995, p. 124). La información sobre Vitoria procede de Arriola (1991, p. 21).

⁶ La industrialización de Vigo ya estaba consolidada en 1960, con la entrada en funcionamiento de Refrey (1951), Citroën (1957) y Pescanova (1960). Precedo y otros (1989, p. 112).

⁷ El casco urbano de Mieres tenía algo más de 23.000 habitantes en 1960 (Pérez González, 1982, p. 122), y el municipio de Ponferrada sobrepasaba los 29.000 (Alonso Santos, 1984, p. 265).

III. LA HERENCIA COMERCIAL Y SU EVOLUCIÓN: LOS COMESTIBLES, LOS TEXTILES Y LA RADIOELECTRICIDAD

Realizado fundamentalmente con una perspectiva de historia social y económica, aunque siguiendo también planteamientos geográficos y de otro orden para lograr una aproximación múltiple, el magnífico libro de Gago Lozano *El pequeño comercio en la posguerra castellana. De la cartilla de racionamiento a los supermercados* (2007) es un apoyo indispensable para este capítulo. Define las tipologías comerciales, diferenciando por un lado la venta ambulante, esa parte del comercio que Beaujeu Garnier y Delobez (1977, p. 81) llaman no sedentaria, atribuyéndole cierta importancia y en ocasiones un carácter marginal. Están de otra parte los puestos del mercado, y por fin las tiendas de calle. Dentro de este grupo Gago distingue entre las tiendas-despacho, las tiendas-taller y los almacenes de distribución o abastecimiento (Gago, 2007, pp. 79 y ss.). De la anteguerra se heredó la contraposición entre unas tradiciones mercantiles dominantes y unas novedades todavía incipientes. El libro se acerca en primer término a las estructuras antiguas, los modelos seculares en palabras de Beaujeu Garnier y Delobez (1977, p. 51), ricos en pervivencias incluso precapitalistas como las tiendas-vivienda, aún relativamente comunes. Los rasgos mayores de ese comercio tradicional, y en muchos casos vetusto, que, como afirma Barata Salgueiro (1990, p. 301), daba aspecto antiguo al centro de las ciudades, podrían resumirse de este modo. Eran empresas normalmente llevadas por sus propietarios, o con pocos empleados, siguiendo en palabras de Gago González «sagas familiares» (2007, p. 399). Las denominaciones habituales encabezadas por «Hijos de», «Sucesores de», «Herederos de», «Viuda de» ilustran lo que Sánchez Santiago (2007: 19) califica como «la resistencia generacional al paso del tiempo». Se trataba de negocios muy atomizados, minifundistas, que empleaban por regla general locales reducidos, y su excesivo número o escasa especialización redundaban negativamente en la rentabilidad, reduciéndola con harta frecuencia a la mera subsistencia. Lo que podríamos expresar como «pequeñez», en términos empresariales y de dimensión física de los espacios destinados a la venta, era una característica normalmente asociada al abastecimiento primario, al consumo inmediato, y en general a un comercio popular o del tipo básico (víveres, mercerías, droguerías), omnipresente en los barrios pero también en calles importantes⁸.

Por lo demás, el promedio de vida de los establecimientos era superior al actual, muchos incluían, como dijimos, las reparaciones, y fluctuaban entre el planteamiento generalista y la especialización. En uno de estos dos extremos se situaba el comercio polivalente tradicional (Soumagne, 1990, p. 62), las tiendas bazar o de reminiscencia rural, con perfil mixto, cercanas a los mercados semanales. Del lado opuesto, la dedicación mono-específica era nota dominante en las tiendas-taller o locales de artesanos (Carreras Verdaguer, 1989, p. 9-10), y el comercio más urbano, moderno y de frecuentación esporádica. Éste ocupaba locales mayores, por ejemplo las ferreterías y tiendas de tejidos, en contraste con el microcomercio de consumo cotidiano, y en razón de ello solía contar con un elevado número de personal (encargados, dependientes, cajeras y «chicos»), algo infrecuente hoy. También el tamaño de los comercios de ventas varias podía ser considerable, particularmente en el caso de los almacenes mayoristas, orientados de forma simultánea al detalle. Los ramos más comunes eran la paquetería, zapatería, ferretería, confección y pañería, la venta de juguetes por Navidad, así como la alimentación (frutas, frutos secos, aceitunas, pimentón). Salvo estos últimos, necesitados de proximidad a los mercados de abastos, los almacenes podían colonizar calles céntricas sin desentonar del resto de tiendas, que tampoco solían tener mucha exteriorización fuera de los toldos de lona y rótulos exiguos.

Las tesis doctorales y tesinas sobre ciudades, cuyos autores han vaciado la Matrícula de Contribución Industrial de Hacienda para aquel periodo, ponen de relieve un crecimiento continuado de la red comercial: Cáceres pasó de 492 licencias en 1940 a 758 en 1960, variación que, aun contando con posibles duplicaciones de registro, es cuantiosa (Campesino Fernández, 1982, p. 282). Orense sumaba 841 licencias en 1955 (Somoza Medina, 2002, p. 229) y Oviedo tenía ya en 1950 cuatrocientos establecimientos sólo en el Ensanche, confirmado así como nuevo centro (Pérez González, 1977, p. 63). Al expandirse, el comercio fue ganando diversidad pero no hasta el punto de neutralizar la preponderancia de la alimentación, que podía totalizar hasta la mitad de las empresas o incluso más. Ese bloque, en el que Gago González (2007, p. 86) ve la quintaesencia del intercambio tradicional, se articulaba en escalones diferenciados, desde las bodegas a los coloniales, ultramarinos finos y mantequerías; pero su componente esencial era la constelación de pequeñas tiendas de comestibles, florecida al suprimirse el racionamiento. La actividad restante estaba orientada hacia el equipamiento personal (ropa, zapatos), de la casa (ferretería, mueblería) y suministros habituales (droguería,

⁸ Gago González (2007, pp. 23, 51 y ss.), Bosque Maurel (1962, p. 184).



FIG. 2. Comercio tradicional en Zamora.

mercería etc.), además de los servicios comerciales-artesanos (peluquería, zapatero, tintorería).

Tipos muy representativos de la época fueron las mueblerías, con amplios locales céntricos, y los textiles, que crecieron y se transformaron radicalmente a finales de los años cincuenta (FIG. 2). Ya no son sólo pañerías, tiendas de tejidos y tapicerías. Además de la sedería, camisería, prendas de lana o géneros de punto, incorporan los trajes y la confección para hombre, mujer y niños. Ofrecen por tanto una parte de la ropa que antes se hacía en los sastres, modistas y pantaloneros, sin que esos oficios desaparezcan, pues en principio las prendas confeccionadas eran ordinarias, para clientela básicamente rural; después vendían más que nada abrigos, por ejemplo de la marca Loden, en las ciudades del norte o del interior, y gradualmente fueron ampliando la oferta. Salvo cuando se trataba de camiserías, los comercios de tejidos y confecciones solían ser grandes, incluso con varias sucursales en la misma plaza (separando acaso las telas del resto), y su publicidad insistía como antaño en las novedades y los artículos de fantasía. En razón de la superficie que ocupaban, con frecuencia el bajo completo de un edificio o planta y piso, los negocios textiles y en algún caso las ferreterías y bazares fueron pioneros en la ampliación de los espacios destinados a escaparate. Lo normal era retirar hacia el fondo la tienda (y en su caso el almacén), reservando la parte más cercana a la calle para vitrinas. Según la forma de la parcela, podía habilitarse un pasillo más o menos largo hasta la puerta del comercio con expositores a los lados, o bien derivaciones laterales más complejas del tipo galería comercial, con superficies continuas para escaparates; en ambos casos se multiplicaba exponencialmente el número de artículos a la vista,

con separación por sexo y edades, en el espacio intermedio entre la sala de ventas y la vía pública.

El otro centro de interés se sitúa, sobre todo durante la década de 1950, en la rama comercial eléctrica. Fue la época dorada de la radio, y marcas como Philips, Telefunken, Marconi o la española Iberia sirvieron de motivo, junto con las bombillas Osram, para los grandes rótulos comerciales que, dispuestos en vertical, aprovechaban todo el alzado del inmueble donde se situaba la tienda de aparatos eléctricos más céntrica. En tarjetas postales anteriores a 1960 ya hay alguno de esos letreros en muchas calles principales (Mayor Principal de Palencia, Ordoño II en León), o en las plazas, que entonces desempeñaban un papel de polos fundamentales de relación (Puerta Purchena en Almería, la del Castillo en Pamplona), con letras al aire sobre soporte metálico sujeto al tejado. En ciudades de esa categoría el protagonismo de la radio (y algo más tarde la televisión) era casi absoluto, dando muy raramente paso a bebidas como Cinzano o posteriormente Fundador. Los establecimientos de electrodomésticos ganaron importancia al popularizarse, conforme iba mejorando el poder de compra, la comercialización de hornillos, mantas y planchas eléctricas, microsuros y tocadiscos. Las neveras se suman algo después, en tanto que otros aparatos como las máquinas de lavar y televisores tardarán en estar al alcance de la clase media⁹. El nombre comercial Iberia, al que nos referíamos antes, cobra parte de su sentido en el contexto de la retórica española que prohibió las denominaciones en otras lenguas hasta expirar la década de 1950. En muchos casos fueron sustituidas por designaciones apologeticas de los triunfadores de la guerra civil y el nacional catolicismo: Imperial, Nacional, Alcázar, Triunfo, Reconquista, 18 de Julio. Cuatro Naciones, utilizado en la anteguerra (por ejemplo en un café tinerfeño), fue reconducido para aplicárselo al nuevo hotel de Zamora con intencionalidad presumiblemente nazi-fascista (Alemania, Italia, España y Portugal), según Sánchez Santiago (2007, p. 21). Aun así, perduró la pléyade de las denominaciones tradicionales, nombres propios con especificaciones de actividad o gentilicios (Gago González, 2007, pp. 53-56). Quirós Linares destaca, dentro de este último grupo, las confiterías La Mallorquina (Astorga, Oviedo), llamadas así para recoger parte del prestigio de la casa homónima madrileña, o porque el fundador había sido aprendiz en ella.

⁹ Por lo que respecta al papel de la radio, véase Abella (1984, p. 107), Abella y Pardo: *La vida cotidiana en los años cuarenta*, p. 133; *La vida cotidiana en los años cincuenta*: p. 64; Pardo (1990, p. 85) y Méndez Leite (1990, p. 66).

Sánchez Santiago menciona otra categoría interesante, los comercios de inmigrantes con nombres americanos: La Cubana, Las Antillas, La Pampa, Buenos Aires, El Argentino; alguno quizá tuviera algo que ver con la ayuda de Perón a Franco y la visita de Eva Duarte.

IV. BREVES APUNTES SOBRE LA MEMORIA DEL COMERCIO PERDIDO

Las grandes aglomeraciones han reunido por regla general condiciones más propicias para la conservación del comercio que hoy llamamos tradicional, al menos hasta fecha bien reciente, en sus extensos cascos antiguos, ensanches y suburbios históricos o pueblos asimilados. Las ciudades medianas y pequeñas ofrecen una casuística variada, pero la aproximación de conjunto parece indicar que el grado de supervivencia del dispositivo comercial anterior a 1960 es en ellas muy inferior; hasta un punto que permite incluso hablar de desmantelación. En el mejor de los casos, las permanencias suelen reducirse a algún establecimiento de tejidos, mercería, sombrerería y calzados, joyerías o platerías de raigambre local, armerías, cuchillerías, y en el sector de alimentación confiterías o comercios herederos de los ultramarinos finos. Aparte de ser pocos, no todos mantienen sus locales originales, por culpa de la fiebre reformadora declarada durante los años del desarrollismo. Por debajo de cierta edad, los ciudadanos de la España de hoy no llegaron a conocer la parte restante, tampoco fácil de imaginar ni de situar en la trama urbana, dado el amplísimo repertorio de negocios, oficios y actividades que cayeron en desuso, o fueron totalmente reorientados y saltaron a la periferia. Tratar de reconstruir los paisajes comerciales perdidos, a la escala del país, rebasaría totalmente el propósito de estas páginas por la cantidad ingente de materiales de interés local existentes, su dispersión, desigual valor y no siempre fácil acceso. Al objeto que nos entretiene, pareció más abordable el recurso a fuentes gráficas y orales, junto con un número limitado de consultas bibliográficas, cuyo pormenor se refiere en las notas a pie de página y en la relación general que cierra este trabajo. Textos e imágenes de época complementaron los recuerdos del propio autor y las noticias obtenidas de una decena de informantes ya mencionados. Los datos recopilados demostraron que carecería de sentido el referirse exclusivamente al comercio fijo o las tiendas de calle, pues en esos tamaños de ciudad no estaba suficientemente dissociado de otras actividades y funciones urbanas. Los servicios de toda índole, el ocio y los espectáculos; los almacenes,

talleres e incluso las pequeñas industrias y hasta la venta ambulante, mantenían entre sí unas relacionales funcionales y de proximidad que obligan a realizar, siquiera someramente, la panorámica de grupo, para comprender el modelo de organización espacial al que nos referiremos después.

Dentro de ese agregado, la fracción más sumida en el olvido probablemente tiene sus puntos cardinales en el microcomercio, los pequeños servicios y la venta ambulante. El comercio de menor dimensión, permanente o estacional, se realizaba en locales habilitados dentro de los portales, o si no en quioscos, casetas de madera, carritos y puestos, que a menudo aprovechaban las rinconadas y retranqueos formados al modificar la alineación de las calles en el siglo XIX, o bien al aire en vías públicas y plazas muy frecuentadas. Las tiendas de portal, presentes más bien en arterias principales o cercanas al centro, cubrían una amplia gama de cometidos: plateros-joyeros, estancos y loterías en el nivel superior; también encuadernadores, librereros de viejo, cambio de novelas y zapateros remendones, además de hojalateros, que ponían parches a las cazuelas, y personas (normalmente mujeres) dedicadas a recomponer las carreras de las medias («coger medias»). Dejando a un lado los quioscos, no tan distantes de los actuales aunque en versión rudimentaria (golosinas, prensa, tebeos y revistas), las casetas y puestos eran churrerías y expendedorías de anís y orujo, vendedores de leche, patatas, mojama, aceitunas y escabeche o frutas de temporada, por ejemplo melones.

En cuanto a la venta ambulante, mostraba cierta indisolubilidad con el grupo precedente, cubriendo una gama relativamente amplia de mercaderías. Entre ellas se distinguía lo concerniente a la alimentación, gracias a los lecheros, que repartían con carro, a domicilio o no, y en temporada podían traer del entorno rural (inmediato o más lejano) frutos, legumbres y hortalizas. No siempre se daba aquella asociación, pues por ejemplo en Zamora los llamados «carrucheros» sólo llevaban a la capital, para vender, manzanas, peras, cerdos, nueces y castañas, transportados en burros (García Rubio, 1985, p. 98). Había, por nombrar algunos, ambulantes con cestas de cangrejos de río, carritos de helados o chucherías (cotufas de colores, manzanas de caramelo) y, en las partes de España sujetas a mayores rigores estivales, las aguadoras con botijos continuaron viéndose en algunos casos durante los primeros años cuarenta. Otros abarrotados destacados fueron la arena para limpiar la chapa de las cocinas de carbón y la cacharrería y botijería llevada en burros con alforjas (López Mondéjar, 1996, p. 188). El eslabón siguiente es la hostelería, o mejor dicho la fracción popu-



FIG. 3. Tienda de ultramarinos en León, ya desaparecida.

lar de la misma con raíces preindustriales. En efecto, los carreteros que acudían a vender a la ciudad, y los «cosarios» que se dirigían a ella para hacer la compra colectiva, suma de todos los encargos efectuados por la gente de los pueblos, paraban en posadas y mesones provistos de patios y cuabras para dejar los carros y caballerías. Por lo regular estaban situados en los arrabales del casco antiguo, cerca de la plaza mayor o del lugar en donde se celebraba el mercado semanal, la feria mensual o anual. De ahí su relación con figones y casas de comidas, pero también con el comercio proyectado hacia el mundo rural: almadreñerías, cordelerías, alpargaterías, boterías y esparterías. Grandes ferreterías que convivían con cesterías, ventas de semillas y aperos, triperías para los embutidos, cererías, así como cacharrerías, quincallerías y comercios de ropa hecha (pana, monos, interiores de franela). En la órbita de aquellos espacios mercantiles más tradicionales podía situarse, aunque no siempre fuera así, el comercio en general, los colmados y las tiendas mixtas (bar-tienda, bar-pastelería), también habituales en los barrios. Otro tanto cabe decir, en muchas ciudades, respecto a las agrupaciones más densas de tabernas y tascas, germen de las futuras zonas de vinos o de copas.

Como tráfico mayor se mantenía el de las viandas, donde prosiguió hasta manifestarse con total nitidez la configuración de especialidades, preludio a los grandes cambios que se avecinaban (FIG. 3). Aparte de las distintas escalas empresariales y categorías sociales, resumibles en la contraposición entre las tiendas céntricas, mantequerías o ultramarinos finos, y los comestibles o ultramarinos a secas del resto de la ciudad, continuaron desagregándose las pescaderías y las ventas de carnes (jamonerías, salchicherías, casquerías y pollerías), exteriores a las plazas de abasto. Además de las panaderías

preexistentes, las lecherías situadas en calles importantes con nombres sonoros (La Granja Suiza), y las vaquerías en los barrios o las afueras, llegaron las fruterías acentuando notablemente la diversidad de perfiles. Tampoco debe olvidarse el abultado número de churrerías, anunciadas a veces pomposamente como fábricas de churros y buñuelos. La herencia secular estaba encarnada en una serie de tipos comerciales que, ordenados desde lo más amplio a lo más específico, comenzaba sin duda por los bazares, las paqueterías y tiendas de tejidos ya mencionadas. A la altura de los años cincuenta el bazar o «gran bazar» o los «bazares centrales» fueron el último exponente de una clase de negocio que trabajaba la práctica totalidad de artículos de consumo esporádico. Los efectos ofrecidos podrían agruparse por epígrafes: útiles domésticos (muebles, lámparas, loza, porcelana, cristalería, cuberterías), máquinas (de coser y escribir), equipamiento personal (camisería, viaje, guantes, medias, perfumería), y a veces objetos religiosos. Eran asimismo jugueterías, fueron las primeras tiendas de regalos (bisutería, complementos, objetos de fantasía) y en ocasiones derivaron hacia el radio-bazar (óptica, discos, aparatos eléctricos, televisores), lo cual alargó su vida, aunque nunca más allá de los años ochenta. En el escalón siguiente se situaban los textiles y las paqueterías, que servían a las mercerías, dedicándose ambas a la quincalla, pasamanería, ropa interior, géneros de punto o confección. Completaban el grupo las droguerías, que trabajaban la venta libre de productos químicos, y las guarnicionerías o tiendas de curtidos.

Sin pretensiones de exhaustividad, habría que referirse siquiera al voluminoso conjunto de negocios que ofrecían servicios personales: sastrerías, casas de fotógrafos, barberías y peluquerías de caballeros, más frecuentes entonces que las de mujeres, pues éstas se peinaban comúnmente en casa. Las empresas muy especializadas, las tiendas-taller (sombrererías, bordadoras, ortopedias) y el contado comercio de lujo compartían el espacio central con establecimientos modestos y, tanto o más estrechamente que hoy, convivían con la hostelería y las actividades recreativas. A diferencia de la ciudad actual, los lugares estratégicos (chaflanes, cruces) todavía estaban colonizados por los cafés, más que por los bancos. Especialmente concentrados, ocupando a menudo vastos locales, dejaron posteriormente lugar a las oficinas bancarias, de manera que las cafeterías actuales no suelen coincidir con los viejos cafés. Entre los de más edad, algunos todavía funcionaron algún tiempo como cafés cantantes, con actuaciones, aunque en general el cénit de esa variante debió situarse en la anteguerra. A los cafés

convencionales, con sus toldos y veladores estivales, se agregaron como novedad los bares con tapas (gambas a la gabardina, etc.), mientras que gran parte del espacio empleado por el sector hostelero correspondía a los restaurantes donde se celebraban las bodas, normalmente céntricos y provistos de patio o jardín. Otros lugares de relación, también intercalados en el espacio mercantil, continuaban siendo las sociedades, casinos, círculos y centros recreativos, aunque no de manera tan universal como los cines. Las salas de proyección cinematográfica, solas o dentro de los cafés, se habían integrado en la vida urbana a partir de la dictadura primorriverista, pero sólo por encima de un cierto umbral demográfico. La posguerra elevó el visionado de los filmes a la categoría de principal diversión, junto con el paseo, desencadenando una multiplicación del número de cines y teatros, propagada hacia los niveles más bajos de la red urbana y hacia los barrios de las ciudades. Cuando culmine esa fase de eclosión, a principios de los años sesenta, capitales como Vitoria o León mantienen abiertos once cines y teatros. Casi la mayoría de ellos empleaban construcciones ex profeso de uso exclusivo y proporciones apreciables o incluso carácter monumental cuando son céntricos, aunque otros eran mucho más elementales o estaban precariamente alojados, caso de los núcleos mineros. Su entidad espacial y su aportación a la imagen urbana fueron importantes, en parte por obedecer a una doble pauta de localización: concentrada en las calles principales, diseminada en los distritos más poblados¹⁰. En materia de entretenimiento, las posibilidades restantes venían dadas por los locales cerrados de baile y las salas de fiestas, denominados con referencias privativas de la época (Club Radio, Acapulco), más las gallerías situadas en calles de segundo orden o del extrarradio, cuyos nombres no quedaban a la zaga en cuanto a pretensiones, como indica el Salón Babel de Oviedo (Palau, 1950, p. 36).

Otros elementos muy consumidores de suelo eran los almacenes, talleres y pequeñas fábricas, distribuidos de forma un tanto aleatoria. En teoría buscaban terreno barato con buen acceso, de manera que poblaban la aureola del centro, el entorno del ferrocarril, las proximidades de elementos de rechazo (cárcel, matadero, cuartel, etc.) y las márgenes de las travesías de carreteras generales. En la práctica podían aparecer sectorializados, pero también entremezclados con las otras actividades y establecimientos descritos, casi por doquier. Esto es, en el reborde

de la ciudad histórica, en los ensanches y las parcelaciones, donde el nivel de ocupación todavía admitía la mezcla de usos, máxime tratándose de ciudades con un grado de organización todavía bastante sencillo. Almacenes mayoristas bien típicos eran los de plantas, semillas y raíces, cereales, legumbres y patatas; los de frutas y frutos secos, cuando no eran bodegas o almacenistas de vinos. Los había dedicados al saneamiento, materiales de construcción y hierros, así como carbonerías (carbón y leña) o transportistas en plantas bajas de inmuebles residenciales, además de los abundantes talleres para reparación o alquiler de bicicletas. En cambio, poseían edificios propios, o naves, los garajes concesionarios de automóviles, camionetas o vehículos pesados, al igual que las pequeñas industrias: fábricas de hielo, gaseosas, bebidas y sifones, que hasta los años sesenta repartían en carros de caballos, así que la presencia de equinos en la vía pública situaba al viandante en la proximidad de un establecimiento de esa clase. Fábricas de chocolates y pastas de sopa, mantequerías, fábricas de piensos compuestos, marmolerías y talleres de ferralla eran otros acompañantes inevitables del escenario urbano. Posteriormente una porción de aquellas actividades productivas, de depósito o distribución, fue trasladada a las afueras o a los polígonos industriales. Las demás desaparecieron, pudiendo también incluirse dentro de ese grupo a los economatos, que precisaban igualmente superficies de cierta consideración, aunque sus instalaciones no siempre resultasen visibles desde la red arterial. Renfe, Telefónica, el Ejército y dentro de él la Aviación u otros cuerpos, así como las empresas industriales y mineras, caso de Minero-Siderúrgica de Ponferrada y otras, tuvieron sus economatos en el recinto de las empresas o en calles secundarias de las poblaciones. Hasta donde sabemos, de aquel dispositivo no quedan más que muestras relictuales, como el de Hunosa, en las cuencas mineras asturianas, un tanto desnaturalizado por su carácter abierto, aunque mantiene precios subvencionados.

V. PLANEAMIENTO Y DESARROLLO URBANO: DE LAS RECONSTRUCCIONES POSBÉLICAS A LOS ENSANCHES

La distribución concreta del aparato comercial en la trama urbana estuvo fuertemente condicionada por los procesos de crecimiento y transformación interna que, según ciudades, fortalecían las implantaciones heredadas o establecían bases para su extensión y traslado a nuevos espacios. En las poblaciones devastadas por la

¹⁰ Abella y Pardo: *La vida cotidiana en los años cincuenta*, p. 77; Fernández (2000).

guerra, los proyectos de urbanización consolidaron los antiguos centros comerciales pero añadiéndoles el esbozo de nuevas centralidades, y además ensayaron las primeras tentativas para fijar el comercio a través del *zoning*, algo generalizado en el planeamiento posterior a 1956 (Alonso Teixidor, 1989, p. 57). Así, la reconstrucción de Oviedo no hizo sino ratificar la superioridad de la calle Uría, proporcionando al efecto más espacio de uso mercantil mediante la construcción de bloques de pisos donde antes hubo chalés¹¹. También la imagen urbana de los ejes principales se modificó por completo en Éibar, con los nuevos inmuebles que incrementaban la oferta de locales comerciales. En Teruel las reformas beneficiaron al corazón histórico, la plaza del Torico, que adoptó su actual fisonomía gracias al desahogo viario, la extensión de los soportales y algunas edificaciones modernas (García Márquez, 1983, p. 44). Pero las capitales aragonesa y asturiana ganaron polos de actividad en sus nuevas plazas cívicas, o plazas mayores según versión franquista, creadas para los organismos oficiales y funciones del poder, que en cierto modo resultarán apéndices del centro. El hecho excepcional de la reconstrucción de Santander, tras su incendio (1941), que arrasó el centro histórico, tuvo repercusiones de similar naturaleza. La reforma arterial de las antiguas pueblas (plaza del Ayuntamiento, Calvo Sotelo, San Francisco), y su articulación con las dos alas del ensanche (Muelle y Alamedas), puso los cimientos para una colonización social, económica y simbólica (Rodríguez Llera, 1980, p. 119; Gil de Arriba, 2002, pp. 191-196). Entre la nueva estación de ferrocarril y la plaza Porticada, que es centro administrativo con edificios públicos, una densa edificación fue concentrando los contenidos del actual centro comercial: bancos, hoteles, oficinas, tiendas especializadas y pisos caros (Ortega Valcárcel, 1990, p. 524). Empleando como ejemplo la antigua calle de tiendas, San Francisco, Meer Lecha-Marzo (1986, p. 232) ha corroborado que la reconstrucción del centro fue muy selectiva, aplicándose el mecanismo de los alquileres elevados para especializar aquel eje en las actividades más rentables: ropa, calzados, perfumerías. La renovación masiva de la red comercial en el distrito incendiado determina que Santander haya sido, entre las ciudades de su categoría, la que ofrecía una representación más rica de tiendas fechadas en un corto arco temporal de la posguerra. Parte de ellas tuvieron una

vida bastante corta, por la precariedad material de origen, y muchas más sucumbieron a la modernización de los últimos años, pero aun así subsiste una muestra que, al menos en términos cualitativos, confiere singularidad a la capital de la Montaña.

Otras ciudades no siniestradas, pero icónicas a ojos del régimen o elegidas para realizar intervenciones modélicas con finalidad propagandística, conocieron reformas de cierta envergadura. Heredadas a veces de consistorios democráticos y acaso inspiradas en el movimiento moderno, tendrán, a corto o medio plazo, alguna incidencia en el mapa comercial urbano. Efectivamente, la reforma interior de raíz decimonónica, reavivada por el pensamiento lecorbuseriano, tuvo sus frutos postreros en las últimas grandes vías. Las de Huelva y Salamanca reúnen funciones administrativas y de representación institucional, llegando a actuar posteriormente como ejes imán que estimularon la pluriactividad en sus márgenes (Senabre López, 2002, p. 221). También Badajoz abrió durante la posguerra su Gran Vía por el macizo del casco, aunque el significado no es exactamente el mismo que en las otras (Azcárate Luxán, Barrientos Alfageme y Campesino Fernández, 1990, p. 118). Sí lo es en cambio el de la avenida Fernández Ladreda en la parte baja de Segovia, reforma axial introductora de centralidad y terciarización según premisas haussmanianas tardías. Santa Cruz de Tenerife culminó la reforma de su gran vestíbulo urbano, la plaza de España, Ciudad Real erigió un nuevo centro en los viales trazados desde la plaza del Pilar (Imperio, Mártires, Rey Santo) (Pillet, 1984, p. 513), mientras que Burgos parceló y edificó el gran solar obtenido al derribar el céntrico cuartel de Lanceros, entre la calle Vitoria y el río. Allí fueron levantados el Gobierno Civil, un teatro, dos hoteles y viviendas para grupos medio-altos con bajos comerciales, según documentó Andrés López (2004, pp. 236-247).

Ciertas ciudades formaron durante la posguerra sus primeros o segundos ensanches: el de Castellón y el de la playa de Levante en Benidorm, el donostiarra de Amara o el de Santiago de Compostela hacia el ferrocarril, convertido a partir de los años sesenta en centro comercial aunque tardó, como los otros, en aglutinar un volumen respetable de actividades. El ensanche de Cort en Badajoz ordenó el entorno de la estación, y el segundo ensanche de Vigo abrió la Gran Vía hacia la nueva estación de ferrocarril, prolongando el centro decimonónico al calor del movimiento generado por la zona franca¹².

¹¹ Pérez González (1977, p. 63), Tomé (1988, p. 271). Sobre Éibar es de extraordinario interés la colección de fotografías accesible en *Eibarro Argazkiak*: <<http://www.lasonet.com/eibarfotos/fotos.html>>.

¹² La referencia sobre el País Valenciano es de Roselló Berger (1985, pp. 180 y 204), la de Donostia procede de Gómez Piñeiro (1984, p. 140), los datos

En algunos ensanches previos prosiguió la apertura de calles o se plantearon reformas para cortar las manzanas más extensas al objeto de su división parcelaria. Es lo que Arriola (1991, p. 239) llama «operación quirúrgica», para alargar en Vitoria la céntrica calle General Álava. Por las mismas fechas se introducían elementos de interés como fueron las características plazas de abasto edificadas a lo largo de los años cuarenta y sobre todo cincuenta en numerosas ciudades. Su devenir fue desigual, algunas como la de Ponferrada en el ensanche de La Puebla son hoy centros de cierta vitalidad (Alonso Santos, 1984, p. 195), pero otras peor situadas como el mercado de Colón en el ensanche de León sostuvieron desde el principio una actividad limitada, y fueron languideciendo hasta su cierre en la década de 1990. Por otro lado, ensanches anteriores o espacios añadidos durante el primer franquismo disponían de un polo de atracción con las nuevas estaciones de autocares, sin ir más lejos las de Melilla, Badajoz, Vitoria. En Jaén la terminal de coches de línea contribuyó según Arroyo López y otros (1992, p. 115) a formar el actual centro en el ensanche, y la de Oviedo podría ejemplificar aquellas autoestaciones que se comportan como motores de actividad, al integrar en su acceso pequeñas galerías comerciales con farmacia, bar, quiosco, confitería e incluso peluquería y tienda de comestibles.

Para no pocas ciudades aquel fue un tiempo marcado por el aumento poblacional y la extensión física de la mancha edificada. El planeamiento, en su caso, y las nuevas infraestructuras condicionaron la materialización espacial del comercio, tanto como los mecanismos de producción de suelo y la promoción de viviendas. Las grandes piezas residenciales de iniciativa oficial (colonias, grupos, barriadas, polígonos), relacionadas con la reconstrucción posbélica y el incremento de la demanda urbana, con las iniciativas industriales y con el auge de las zonas mineras, no siempre incluyeron en los proyectos dotaciones comerciales. Lo normal era situarlas en la plaza central, con los demás equipamientos (al menos escuela e iglesia), como ocurre en la barriada minera de Rioturbio (Mieres). El tamaño del asentamiento, condición para determinar necesidades teóricas de abastecimiento, no siempre atrajo tiendas según lo previsto, algo comprobable en el poblado modelo de Llaranes, construido al pie de Ensidesa (Avilés). A finales de los años

cincuenta un cambio de escala dio lugar a la promoción de los primeros polígonos, con viviendas articuladas formando bloques en cuartel y torres, que todavía estaban subequipados. Su oferta comercial solía circunscribirse a un contado número de pequeños establecimientos básicos, que utilizaban los bajos de algunos inmuebles en partes muy determinadas del gran núcleo habitacional. En tales circunstancias, hasta una fase posterior el aprovisionamiento podía solventarse parcialmente gracias a los vendedores ambulantes.

En muchos núcleos urbanos aquellos conjuntos de vivienda pública, social o para afectos al régimen, no representaron tanto como la otra forma de crecimiento, sobre las carreteras de acceso y terrenos adyacentes al casco, donde se efectuaban parcelaciones o se colmataron las ya existentes desde principios de siglo. Allí proliferó la construcción para clase media-baja y sobre todo para grupos más modestos, viviendas edificadas por promotores caseros que recibían ayuda pública, o por fortunas locales de distinta índole, relacionadas acaso con el estraperlo u otros negocios. Los asentamientos resultantes, a menudo muy poblados por coincidir con grandes parcelaciones o ser la suma de varias más pequeñas, y en todos los casos por sus tramas muy tupidas, no siempre disponían de los servicios urbanos necesarios. Con independencia del chabolismo, los barrios pobres de posguerra eran alojamiento marginal que no conoció dotaciones suficientes hasta mucho después, retrasándose incluso su regeneración hasta la democracia. La insolencia de sus habitantes no estimulaba la función comercial, fuera de unos niveles minifundistas y elementales de tiendas diseminadas por el tejido urbano (comestibles, mercería, zapateros, etc.). Cuando el poder de compra era algo superior, es decir en distritos de clase media baja, iban apareciendo otras variedades mercantiles (droguería, papelería, panadería) dibujando acaso un itinerario sobre la calle principal o la carretera, en los barrios con plano en espina de pez que formaban largos tentáculos. La figura del eje comercial también pudo empezar a vislumbrarse con la construcción de las rondas o nuevos accesos a las ciudades, muy típicos de la época aunque a veces estaban proyectados con anterioridad. Esos viales producen plusvalor en sus entornos, gradualmente edificados, y al recoger el tránsito rodado pueden convertirse en escenarios ideales para comercio mayorista, talleres, mueblerías, suministros industriales y automoción. Se ve aún hoy con claridad en la avenida de la Constitución (antes Fernández Lareda) de Gijón o de León, pese a haberse perdido muchos negocios de primera generación.

sobre el ensanche de Santiago pueden consultarse en el trabajo del grupo OIKOS (1975, pp. 98-99) y la información concerniente a Vigo es de Precedo Ledo (1989, p. 111) y Pereiro Alonso (1981, pp. 120-121), que califica a la Gran Vía como «típico ensanche de posguerra».

VI. LA DINÁMICA DE LOS ESPACIOS MERCANTILES: DISTRIBUCIONES TÍPICAS Y ESPECIFICIDADES LOCALES

En la reseña del libro *Distribución topográfica y estructura del comercio de Madrid* (Cámara de Comercio, 1962), Eduardo Martínez de Pisón (1962, p. 598) llamó la atención sobre el arraigo que dicha actividad mantenía en el centro tradicional. Sucediendo eso en la cúspide de la red urbana, no cabría esperar otra cosa al descender hacia escalones inferiores. El grueso de los cascos antiguos poseía niveles de vitalidad mercantil más que apreciables, porque aún retenían el centro urbano o representaban una fracción significativa del mismo. Pequeñas capitales como Segovia, Teruel o Lugo conservaban la mayor concentración comercial en sus viejos recintos, y la supremacía de las antiguas vías principales (Real, Reina etc.) era absoluta¹³. Tanto más si hablamos de subcentros provinciales, categoría dentro de la cual Béjar (16.600 habitantes en 1960) articulaba sus bases de actividad a partir de la calle Mayor (Rodríguez Arzúa, 1968, p. 288). Según Escudero Solano (1965, pp. 483-489), el dispositivo comercial de Medina del Campo (14.300 habitantes en 1960), compuesto en un cincuenta por ciento por los comestibles y coloniales, más textil, paquetería y ramo general, también gravitaba en torno a la plaza Mayor y rúa Nueva (Padilla). Poblaciones de superior tamaño pero con cascos de gran superficie como Badajoz (100.000 habitantes en 1959) tampoco habían sacado su zona de tiendas del intramuros: plaza de España, San Francisco, Moreno Nieto (Fraile Casares, 1995, pp. 42 y 111). Tanto en ese tipo de localidades como en aquellas donde ya se había producido una parcial migración comercial, el centro histórico solía ser un espacio claramente jerarquizado. Aparte de la dicotomía entre las antiguas tiendas de orientación rural y el primer comercio moderno netamente urbano, muchos recintos preindustriales mantenían vestigios de la antigua especialización por calles (Carreras Verdaguer, 1989, p. 9; Barata Salgueiro, 1990, p. 304), y formas de segregación funcional como las impuestas a los prostíbulos, agrupados en «barrios chinos».

Las exigencias espaciales y de localización que se iban aplicando a las diferentes actividades económicas, en núcleos demográficamente progresivos donde se in-

crementaba la superficie urbanizada, dieron lugar a una transferencia paulatina de las funciones centrales. La marcha del comercio, los procesos de desbordamiento o formación de centralidades separadas se apoyaron a menudo en las plazas-gozne con la ciudad moderna, y tuvieron orientación preferente hacia los ensanches, aunque no siempre. En Jaén el núcleo comercial tradicional fue extendiéndose hacia el apéndice urbano del paseo de la Estación, y Cáceres vivió otro tanto a partir de 1950 en dirección a la vía-parque de la avenida de España¹⁴. En Orense el centro de gravedad se situó en el Paseo, y también había ciudades que formaron un núcleo central diferente o un segundo centro sin solución de continuidad con el anterior. Ponferrada fue, a su escala, un buen ejemplo de desdoblamiento entre el casco antiguo o la parte alta, convertido en subcentro antes de 1960, y el ensanche de La Puebla o parte baja, que pasó a ser corazón económico con comercio central (Alonso Santos, 1984, p. 195). Otra posibilidad era la de Burgos, que formaría en la plaza de Vega, margen contraria del Arlanzón, un subcentro no tan vigoroso como para disputar la supremacía al recinto medieval (Andrés López, 2004, p. 323). El lado más interesante de la dialéctica casco antiguo/ensanche va a ser el cambio que se produzca en la distribución espacial de los diferentes tipos comerciales, el reajuste y las dinámicas de especialización consiguientes. De eso habla Bosque Maurel (1949, p. 590) al describir en Cartagena el desplazamiento del centro hacia el eje norte-sur, buscando el ensanche y el principal acceso a la ciudad. Su correlato es la diferenciación de cometidos entre la calle Mayor (comercio de lujo, bancos, oficinas y cafés), Cuatro Santos-Duque y Puertas de Murcia (calzado, textil), además de la calle del Carmen (comercio al mayor, reparación). Tarragona, Vigo, San Sebastián tenían sus ensanches como espacios dominantes, y Pamplona consolidó por aquellos años el actual centro entre la plaza del Castillo y el segundo ensanche (Floristán Samanes, Creus Novau y Ferrer Regales, 1990, p. 384). Prueba de dinamismo es, ciertas veces, la sustitución de usos o actividades; por ejemplo San Sebastián ve cómo el uso residencial cede espacio a bancos y oficinas en las inmediaciones de la avenida Libertad, a partir de 1950 (Gómez Piñeiro, 1984, p. 29). En León fueron anteriores a 1960 los primeros casos de apertura de bancos, en los locales de antiguos cafés muy

¹³ En Segovia la mayor densidad comercial se situaba entre la plaza mayor, la calle Real y el Azoguejo. En Teruel, en el eje que comunicaba las puertas de Guadalaviar y Zaragoza (Borobio, 1983, p. 180); en Lugo, entre las plazas de España y Santo Domingo.

¹⁴ En cuanto a la transformación espacial del comercio jienense, véase Arroyo López, Machado Santiago y Egea Jiménez (1992, p. 29). Para Cáceres es de consulta forzosa Campesino Fernández (1990, p. 139).



FIG. 4. Durante la posguerra los cafés todavía ocupaban lugares estratégicos, como Los Cantones de La Coruña. Fueron víctimas, junto con los edificios históricos que los albergaban, de la renovación desarrollista que dio paso a bancos y nuevo comercio (Ediciones Arribas y Foto Blanco).

cétricos y casinos, desplazamiento que posteriormente se observa en La Coruña (FIG. 4).

Aun reconociendo que la categoría de ciudades medias resulta un tanto imprecisa, resulta viable modelizar en ellas la organización espacial del comercio y la evolución de las implantaciones entre 1940 y 1960, diferenciando categorías y tipos singulares. La distribución de partida que podríamos considerar normal es la descrita por Gozávez Pérez (1976, p. 159) para el Elche de 1930: el comercio extraordinario en Corredora y Salvador, los cafés en la Glorieta, el comercio mayorista en las vías de mayor tránsito o travesías de carreteras y las tiendas de alimentación repartidas por la trama urbana. Si tomamos como base el esquema de Mackenzie (1933) y su desarrollo y profundización efectuada por Beaujeu Garnier y Delobez (1977, p. 200) y Beaujeu Garnier (1995, p. 137), la estructura de origen sería mononuclear, con un centro principal (o único) donde radica el comercio de uso esporádico, y su aureola circundante en la que pasa a dominar



FIG. 5. Comercio moderno en la calle Uría, ensanche de Oviedo (Ediciones Arbestú).

la alimentación. Del nudo comercial parten ejes, desarrollos tentaculares siguiendo las vías de comunicación, que alinean el comercio mayorista o de grandes locales, y las actividades vinculadas al transporte. En el resto del tejido solo hay pequeño abastecimiento, obediente a una disposición armónica. Si la ciudad es lo suficientemente grande el centro se extiende a la parte decimonónica, se hace más complejo y se jerarquiza. Fuera de él, en relación probable con las carreteras, llegan a formarse nudos secundarios o auxiliares, asentamientos en discontinuidad de distintos tipos. Unos coinciden con elementos de atracción como las estaciones, otros se superponen a las encrucijadas o vías mayores de los barrios más populosos y suburbios exteriores.

El estudio de casos permite acercarse con mayor detalle al mapa comercial urbano, para seguir el reparto físico por actividades o clases de establecimientos, las combinaciones espaciales y formas de especialización. El núcleo principal albergaba, como ya se indicó, las tiendas de bienes de consumo poco frecuente (Río Fernandes, 90, p. 329), combinadas en diverso grado con un comercio mucho más corriente, almacenes, talleres e industrias en las ciudades pequeñas. A mayor tamaño de éstas, más especialización, traducida en dedicaciones precisas (por ejemplo, equipamiento personal) de ciertas arterias. Entonces y después los servicios complementarios eran, según Carreras Verdager (1989, p. 14), indisolubles del comercio al detalle y comprendían, en sentido lato, los bancos, oficinas, profesionales liberales, así como la hostelería (cafés, restaurantes) y los cines (FIG. 5). Estos dos últimos tendían a dibujar agrupaciones, en la calle Caballeros de Lérida o el eje rector de Santander (Alamedas-Pereda) (Pereda de la Reguera, 1964, p. 33). Asociadas al nudo mayor o en su corona inmediata podían haberse

formado zonas dinámicas en torno a las estaciones, como la de Lugo documentada por Rodríguez Lestegas (1989, p. 46), donde funcionaban empresas de transporte de viajeros y mercancías, además de locales hosteleros. En relación con ello, el hecho reseñable sería la existencia de distribuciones peculiares para ciertos ramos, como el del automóvil (agencias de venta y reparación; neumáticos y recauchutados), que, siguiendo su tónica inicial, prefiere las calles que son carreteras generales o travesías. Hasta aquí el denominador común, al que hay que superponer especificidades locales relacionadas con el volumen poblacional del núcleo, sus funciones y la naturaleza de la red urbana donde se inscribe. A diferencia de la situación actual, muchas ciudades menores o cabeceras subprovinciales (Medina del Campo, Medina de Rioseco, Benavente) poseían un potente dispositivo comercial de antiguo origen, justificado por su proyección exterior; después, la motorización y finalmente las grandes superficies redefinieron las áreas de influencia a favor de las capitales provinciales, y en consecuencia los núcleos de nivel inferior experimentaron fuertes reajustes hasta quedarse con un comercio mucho más local o volcado sólo a los contornos. Por otro lado, en peldaños superiores la fortaleza comercial estaba quizá algo más mediatizada que hoy por la composición particular del sistema urbano: ciudades muy próximas entre sí como las asturianas provocaban el sobredesarrollo comercial de Oviedo, actualmente mucho más nivelado. Al contrario, subcentros algo más distantes como los alicantinos (Alcoy, Elche, Elda) compensaron un tanto el dominio de la capital de manera persistente, pues Gozávez Pérez todavía se hace eco de ello en 1990 (p. 165). Aunque cae fuera del ámbito de estudio, Alicante es una de las ciudades con dos funciones específicas, la portuaria y el incipiente desarrollo turístico, que contribuyeron grandemente al crecimiento y la singularización comercial. Otro grupo interesante es el de los puertos francos, régimen establecido, como ya se dijo, en 1863, que había dado lugar por ejemplo al fuerte movimiento mercantil de Melilla y la apertura de su zoco a comienzos del siglo xx. La confirmación de los privilegios aduaneros en 1955 alentó el establecimiento de comerciantes extranjeros dedicados a la importación: indios o hebreos en Ceuta, hindúes también en los bazares de la plaza de la Candelaria en Santa Cruz de Tenerife¹⁵.

¹⁵ Reyes Darías (1969, p. 122); Gordillo Osuna (1972, p. 271); Bravo Nieto (1996, p. 318).

VII. EL PRELUDIO DEL DESPEGUE. LAS CADENAS DE TIENDAS

No se detuvo totalmente, ni siquiera entonces, el impulso modernizador. La revolución comercial de la España contemporánea hundía sus raíces en los años centrales del ochocientos, pero sólo cristalizó por completo, con lo que será su primera fase de desarrollo, a finales del siglo xix y comienzos del xx. El tercio inicial de este último aportó elementos nuevos, que llegaban con retraso respecto a otros países y además su efecto resultó amortiguado por la crisis de 1929. Aun así, constituían indicios de una transición que, interrumpida durante la contienda y los años más duros de la posguerra, reaparece según vaya avanzando la década de 1950. A esas alturas ya hay algunas señales inequívocas del paso gradual hacia una segunda fase o segunda revolución comercial, que sólo se produce bien entrados los años sesenta. Las novedades del primer franquismo contribuyeron, en principio, a profundizar la dualidad del tejido comercial que va a seguir siendo el rasgo más destacado. Prueba fehaciente de modernización fue el moderado desarrollo de las cadenas comerciales y el sucursalismo, con claros antecedentes prebélicos en empresas como Simeón, El Guante Varadé y Calzados Segarra. Almacenes Simeón puso al menos el establecimiento de Burgos en 1948, según Facal Rodríguez (s. f., p. 29)¹⁶. La fábrica de alpargatas Segarra, inaugurada en Vall d'Uxó a fines del xix, se convirtió a la vuelta del siglo en la primera empresa de su ramo y tras la guerra abrió en algunas capitales de provincia tiendas de calzado vulcanizado. Hasta donde pudimos averiguar, esa expansión alcanzó al menos La Coruña y Vigo, entre las capitales regionales, León y posteriormente Arrecife (Lanzarote) en el nivel de las pequeñas ciudades, donde el local de la calle León y Castillo subsistía (aunque cerrado) al menos en 2010¹⁷.

Guante Varadé, la compañía madrileña fundada en 1902, también se extendió antes de la guerra civil buscando las vías más céntricas en plazas comerciales importantes: la calle Mayor de Cartagena, la calle Real en la Coruña y Príncipe en Vigo, donde permanece. Después de 1939 su umbral de localización desciende, hasta el es-

¹⁶ En su artículo «Los orígenes del Banco Simeón. Evolución de los negocios de Simeón García de Olalla y de la Riva (1857-1983)» también atribuye a 1948 la sede de León, aunque en realidad es anterior a la guerra civil, como prueba la documentación gráfica.

¹⁷ Véase *Fondo de la Empresa Segarra, Archivo Institucional, Reseña Biográfica*, Ministerio de Cultura, Censo-Guía de Archivos de España e Iberoamérica, [en línea] <<http://censoarchivos.mcu.es/CensoGuía/fondoDetail>>. [Consulta: 24/10/2011.]

calón de Orense o León por ser localidades dinámicas y donde también se escogen arterias principales: rúa San Miguel en la capital gallega, Padre Isla y Ordoño II en León¹⁸. Las firmas nacionales que a partir de los años cuarenta arribaron a capitales de provincia o núcleos similares eran del renglón textil, la loza y los suministros industriales. Toboso Sánchez (2002, pp. 49-59) registra sucursales de Galerías Preciados con posterioridad a 1950 en Badajoz, Éibar, Melilla o Tenerife, puntualizando que no se trataba de grandes almacenes populares sino tiendas más parecidas a las Sederías Carretas, germen madrileño de aquel emporio comercial. En la misma línea se situaba el establecimiento de Jaén, perennizado en documentación gráfica de los primeros años sesenta, como también el de Éibar, que parece apartarse de lo dicho por Toboso, pues era un gran local de fachada diáfana al estilo internacional¹⁹. Almacenes Olmedo, al parecer de origen granadino, conserva aún una tienda heredera del grupo textil de cabecera en Santiago, mientras que León y Pontevedra mantienen la arquitectura de sus magníficos locales, utilizados por nuevos negocios²⁰. La otra firma estatal con mayor peso en provincias debió de ser la viguesa Establecimientos Álvarez, cuya fábrica de porcelana entró en funcionamiento en 1954, llegando a contar con una red de distribución compuesta por cerca de una treintena de delegaciones. Las de León y Oviedo, situadas en lugares estratégicos, sobrevivieron hasta los años ochenta²¹.

A escala regional operaban algunas cadenas, por ejemplo en Castilla y León La Herramienta Industrial, que abrió las puertas de su centro base en Valladolid hacia 1948. Esa empresa de suministro, maquinaria y recambios subsiste, como demuestra el menos la sucursal de León²². En cambio desapareció hace décadas Almacenes Moradillo, con origen en una fábrica de gabardinas situada en Aranda de Duero, que abrió tiendas en

ciudades castellanas para la venta general de confecciones (Cantalapiedra, 1960, contraportada). Otro síntoma inequívoco de evolución fue el desarrollo, todavía incipiente, del gran comercio local que se expandirá durante el desarrollismo. Eran empresas destacadas dentro de sus entornos mercantiles por el tamaño y centralidad del establecimiento base, el hecho de contar con sucursales en la misma plaza o secciones diferenciadas que llegaban a aproximarse al concepto de gran almacén. Encaja perfectamente en esa idea la casa santanderina Ribalaygua, decimonónica, que en tiempos de la Segunda República ya tenía departamentos separados y dio un salto cualitativo después del incendio²³. El grupo Barros, de La Coruña, estaba aún reducido al embrión de su primera tienda, a partir de la cual desplegará desde los años sesenta una red de almacenes por departamentos en las ciudades del noroeste. Con dimensiones inferiores hubo un sinfín de comercios importantes, muy representativos a escala local, entre los cuales no resulta fácil seleccionar los mejores ejemplos. Probablemente sirvan los almacenes Peysan de la calle Arias Montano en Badajoz, que Jesús Conde (2011, s. p.) ha calificado como «el Corte Inglés de su época». Confecciones Tinoco de la gaditana calle Pelota, cuyo promotor abrió tres tiendas más en el casco antiguo (Lumpié, 2010, s. p.), la Nueva Galería en Ceuta y las logroñesas Galerías El Carmen, aún abiertas, resultan buenos exponentes del concepto comercial al que nos referimos²⁴.

Aquellos nombres estuvieron estrechamente conectados con la esfera textil, pero no conviene olvidar que las transformaciones más profundas comenzaban a producirse en el sector de la alimentación, al aparecer los supermercados (Barata Salgueiro, 1990, p. 300). Gago González (2007, pp. 86 y ss.) sitúa el arranque de ese proceso en la constitución de cooperativas como Spar Española (1950), asociada a la casa matriz holandesa, y la entrada en funcionamiento de los autoservicios creados por la Comisaría de Abastecimientos y Transportes desde 1958 (Gijón, La Coruña, San Sebastián). Las fórmulas de libre servicio, inspiradas en los mode-

¹⁸ La historia de Guante Varadé está recogida sucintamente en la página web de la empresa, <www.varade.com/historia.html>. [Consulta: 24/07/2011.] La información acerca de La Coruña procede de R. G. (2007, s. p.), la de Cartagena es de Lafuente Pérez de los Cobos (2003, s. p.), el dato de Orense figura en el blog *Ourense no tempo. Imaxes e lembranzas*, y en cuanto a Vigo puede consultarse a Alonso (2010, s. p.).

¹⁹ La instantánea a la que nos referimos puede obtenerse en *Eibarro Argazkizk (fotografías de Éibar)*, <www.lasonet.com/eibarfotos/fotos.html>. [Consulta: 28/07/2011.]

²⁰ En lo tocante a los cambios de uso del edificio Olmedo en Pontevedra puede consultarse *Beber para Olvidar. Reflexiones en voz alta sobre mi ciudad. Comentarios y Noticias de Pontevedra*, [en línea] <http://beberparaolvidar.wordpress.com/category/pontevedra/economia-e-industria>. [Consulta: 28/07/2011.]

²¹ <www.alvarez.es/empresa.php>. [Consulta: 25/07/2011.]

²² <www.laherramienta.info/es-la-herramienta-industrial-s-l--quienessomos.html>. [Consulta: 25/07/2011.]

²³ Parte de esas referencias provienen de un anuncio fechado en 1932, que se ofrecía a la venta en Internet el 28 de julio de 2011 en <www.todocolleccion.net>. También hay datos en *Santander Ayer, El Mule Carajonero*, [en línea] <www.mulecarajonero.com/articulos/2574-santander-ayer>. [Consulta: 28/07/2011.]

²⁴ La información concerniente a Ceuta proviene de *Comercios de Antes. Comercios de Siempre. Crónica del Estrecho*, 06-03-2008 [en línea], <www.ceuta.com/forosceuta/foro01/002038.html>. [Consulta: 25/07/2011.] El dato sobre las Galerías del Carmen es de *Comercios con Historia* [en línea], <www.rioja2.com/diario/medios/documento/2009/11/454299.pdf>. [Consulta: 22/07/2011.]

los norteamericanos de los años treinta, se impusieron en Europa a partir de 1950 (Beaujeu Garnier y Delobez, 1977), provocando algún reflejo de la iniciativa privada al sur de los Pirineos. Gago demuestra que el primer supermercado de tipo estadounidense fue Autoservicios Benavides (1958), empresa de León capital, que contaba con acceso directo a los productos, secciones independientes y cajeras. En los servicios complementarios al comercio, las primeras cafeterías modernas resultaron establecimientos muy novedosos, que a veces se anunciaban como bar americano, sala de fiestas, coctelería o club. Componían un grupo tan reducido como selecto, en el que también se integraron algunas tiendas «a la última», casi siempre perfumerías, zapaterías, comercios de regalos, confiterías y heladerías. Sus nombres se apartan de la tradición, vuelven los indicativos externos, lo chic (Soraya, Vogue, Alaska, Lady, Kim, Tobaris), y se introduce la admiración hacia los Estados Unidos, referencia cultural y política al romper con el aislamiento internacional de España (Confitería Americana, El Automóvil Americano, Tintorería Americana).

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA, R. (1985): *La vida cotidiana en España bajo el régimen de Franco*. Argos Vergara, Barcelona.
- J. R. PARDO y otros (1990): *La vida cotidiana en la España de los años cuarenta*. Ed. del Prado, Madrid.
- ABELLÁN GARCÍA, A., A. MORENO JIMÉNEZ y J. VINUESA ANGULO (1978): «Propuesta de tipología para ciudades españolas de tipo medio». *Estudios Geográficos*, núm. 152, pp. 285-306
- ALONSO SANTOS, J. L. (1984): *El proceso urbano de Ponferrada. De centro industrial a capital económica del Bierzo*. Gráficas Varona, Salamanca.
- ALVARGONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1977): *Gijón, industrialización y crecimiento urbano*. Ayalga, Salinas.
- ANDRÉS LÓPEZ, G. (2004): *La estructura urbana de Burgos en los siglos XIX y XX. El crecimiento y la forma de la ciudad*. 2 vols., Cajacírculo, Burgos.
- ANDRÉS SARASA, J. L. (1981): *Cartagena: estudio de geografía urbana*. Universidad de Murcia, Murcia.
- ARRIOLA, P. M. (1991): *La producción de una ciudad-máquina del capital: Vitoria*. Universidad del País Vasco, Vitoria.
- ARROYO LÓPEZ, E., R. MACHADO SANTIAGO y C. EGEA JIMÉNEZ (1992): *El sistema urbano de la ciudad de Jaén. Análisis geográfico*. Universidad de Granada, Ayuntamiento de Jaén, Granada.
- AZCÁRATE LUXÁN, B., y otros (1990): «Extremadura», en J. Bosque Maurel y J. Vilá Valentí: *Geografía de España*. Vol. 7, Planeta, Barcelona, pp. 9-157.
- BARATA SALGUEIRO, T. (1990): «Brève note sur le commerce dans la Péninsule Ibérique», en G. Pallier y A. Metton (eds.): *Le commerce des centres-villes*. Actes du Colloque de Limoges, PULIM, Limoges, pp. 300-303.
- BARCIELA, C. (1989): «La España del estraperlo», en J. L. García Delgado (ed.): *El primer franquismo. España durante la segunda guerra mundial*. Siglo XXI, Madrid.
- y otros (2000): *La España de Franco (1939-1975): economía*. Síntesis, Madrid.
- BEAUJEU GARNIER, J. (1995): *Géographie urbaine*. 4.^a ed., Armand Colin, París.
- y A. DELOBEZ (1977): *Géographie du commerce*. Masson, París.
- BOSQUE MAUREL J. (1949): «Cartagena, notas de geografía urbana». *Estudios Geográficos*, núm. 37, año X, pp. 579-623.
- BOYER, J. C. (2003): *Les villes européennes*. Hachette, París.
- BRAVO NIETO, A. (1996): *La construcción de una ciudad europea en el contexto norteafricano*. Ciudad Autónoma de Melilla.
- BURRIEL DE ORUETA, E. (1971): «Desarrollo urbano de Castellón de la Plana». *Estudios Geográficos*, núm. 123, pp. 189-290.
- CAMPESINO FERNÁNDEZ, A. J. (1982): *Estructura y paisaje urbano de Cáceres*. Colegio de Arquitectos de Extremadura, Cáceres.
- (1990): «Centro-ciudad y revitalización funcional: las calles peatonales cacereñas de Pintores y Moret». *Éria. Revista de Geografía*, núm. 22, pp. 139-156.
- CANTALAPIEDRA BARÉS, J. (1960): *Guía de León*. Gráficas Melguizo, León
- CAPEL SÁEZ, H. (1969): *Lorca, capital subregional*. Cámara Oficial de Comercio e Industria, Lorca.
- (1977): *Capitalismo y morfología urbana en España*. Libros de Cordel, Barcelona.
- CARANDELL, L. (1990): «Bailábamos con todas, en aquellos años cincuenta», en J. M. Martínez (dir.): *La vida cotidiana en la España de los años cincuenta*. Ed. del Prado, Madrid, pp. 1-5.
- CARRERAS VERDAGUER, C. (1989): «Per una nova geografía comercial urbana». *Revista Catalana de Geografía*, vol. IV, núm. 10, pp. 5-21.
- (1990): «Le comerse du centre de Barcelone; approche méthodologique», en G. Pallier y A. Metton

- (eds.): *Le commerce des centres-villes*. Actes du Colloque de Limoges, PULIM, Limoges, pp. 360-372.
- y P. LÓPEZ (1990): «Las ciudades y el sistema urbano», en J. Bosque Maurel y J. Vilá Valentí: *Geografía de España*. T. 3, parte 4, Planeta, Barcelona, pp. 373-527.
- CELMA QUEROL, J. (1987): *El comercio de alimentación, ayer y hoy*. Distribución Anual, Madrid.
- CÉSPEDES, J., D. GÓMEZ DÍAZ y E. CARMONA (1999): «Declive empresarial y recuperación: el caso de Galerías Preciados». *Revista de Estudios Empresariales*, núm. 7, pp. 257-288.
- COQUERY, M. (1977) : *Mutations et structures du commerce de détail en France*. 2 vols., Ed. du Signe, Cergy Village.
- CUARTAS, J. (1992): *Biografía de El Corte Inglés*. Libros Límite, Madrid.
- DALMASSO, E. (1986): «Les espaces urbains: evolution et perspectives», en Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes y otros: *Estudios sobre espacios urbanos. II Coloquio Hispano Francés sobre Espacios Urbanos*, Madrid pp. 33-35.
- DELGADO HUERTA, E., y otros (1989): «Las ciudades», en A. Cabo y F. Manero: *Geografía de Castilla y León*. T. 6, Ámbito, Valladolid.
- DESSE, R.-P. (2001): *Le nouveau commerce urbain*. Presses Universitaires de Rennes, Rennes.
- DURANY CASTRILLO, M. P. (1990): *La calle Ordoño II de León: de calzada real a eje comercial y de servicios*. Diputación Provincial, León.
- ESCUADERO GEÓMEZ, L. A. (2008): *Los centros comerciales. Espacios postmodernos de ocio y consumo*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca.
- Escudero Solano, J. (1965): «Medina del Campo. Estudio de un pequeño núcleo urbano de Castilla La Vieja». *Estudios Geográficos*, núm. 101, pp. 439-506.
- ESPAÑOL CASTEJÓN, A. (1970): «Reus, una subcapital de provincia. Del esplendor a la incertidumbre». *Ciudad y Territorio*, núm. 4, pp. 33-43.
- ESTEBAN DE VEGA, M., S. GONZÁLEZ GÓMEZ y M. REDERO SAN ROMÁN (1992): *Salamanca, 1900-1936*. Diputación de Salamanca, Salamanca.
- FERRER REGALES, M., y A. PRECEDO LEDO (1975): «Las ciudades centrales del sistema vasco-navarro». *Estudios Geográficos*, núm. 189, pp. 325-349.
- FLORISTÁN SAMANES, A., y otros (1990): «Navarra», en J. Bosque Maurel y J. Vilá Valentí: *Geografía de España*. Vol. 5, Planeta, Barcelona, pp. 279-431.
- FRAILE CASARES, C. C. (1995): *Badajoz. La ciudad intramuros, 1939-1974*. Junta de Extremadura, Colegio de Arquitectos de Extremadura, Badajoz.
- GAGO GONZÁLEZ, J.M. (2007): *El pequeño comercio en la posguerra castellana. De la cartilla de racionamiento a los supermercados*. Junta de Castilla y León, Valladolid.
- GARCÍA BALLESTEROS, A. (1972): «Algunos aspectos del desarrollo urbano de Tarrasa». *Estudios Geográficos*, núm. 128, pp. 521-526.
- (1978): *Geografía urbana de Guadalajara*. Fundación Universitaria Española, Madrid.
- GARCÍA BELLIDO, A., L. TORRES BALBÁS, L. CERVERA VERA, F. CHUECA GOITIA y P. BIDAGOR LASARTE (1987): *Resumen histórico del urbanismo en España*. 3.ª ed., IEAL, Madrid.
- GARCÍA MÁRQUEZ, M. (1983): *Geografía urbana de Teruel*. Instituto de Estudios Turolenses, Teruel.
- GARCÍA RUBIO, J.M. (1985): *Zamora posguerra (1940-1960)*. Monte Casino, Zamora.
- GIL DE ARRIBA, C. (2002): *Ciudad e imagen*. Universidad de Cantabria, Santander.
- GÓMEZ MENDOZA, J. (1983): «Estructuras y estrategias comerciales en España», *Ciudad y Territorio*, núm. 55, 1/83, pp. 5-25.
- GÓMEZ PIÑEIRO, F. J. (1984): *Aproximación a la geografía social y urbana de la comarca donostiarra*. Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, San Sebastián.
- GORDILLO OSUNA, M. (1972): *Geografía urbana de Ceuta*. Instituto de Estudios Africanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- GOZÁLVEZ PÉREZ, V. (1976): *La ciudad de Elche*. Universidad de Valencia, Valencia.
- GRECIET PAREDES, M. (1989): *La Cámara de Comercio. Cien años de vida*. Cámara de Comercio, Oviedo.
- LABORDE, P. (2005): *Les villes espagnoles*. Presses Universitaires de Bordeaux, Burdeos.
- LARA VALLE, J. J. (1989): *Desarrollo y crisis urbana en Almería*. Cajal, Almería.
- LEVY, J.-P. (1986): «Centres-villes ou quartiers anciens?», en Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes y otros: *Estudios sobre espacios urbanos, II Coloquio Hispano Francés sobre Espacios Urbanos*. Madrid, pp. 173-190.
- (1987): *Centres-villes en mutation*. CNRS, París.
- LÓPEZ MONDÉJAR, P. (1996): *Fotografía y sociedad en la España de Franco. Las fuentes de la memoria*. Ministerio de Cultura, Fundación La Caixa, Lunberg, Madrid.
- MARTÍ GÓMEZ, J. (1995): *La España del estraperlo*. Planeta, Barcelona.
- MARTÍNEZ, J. M. (1990): *La vida cotidiana en la España de los años cincuenta*. Ed. del Prado, Madrid.

- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1962): «La distribución del comercio de Madrid». *Estudios Geográficos*, núm. 89, pp. 598-604.
- MEER LECHA MARZO, A. (1986): «Proceso de especialización comercial en el centro de Santander. La calle San Francisco». *Ería. Revista de Geografía*, núm. 11, pp. 230-233.
- MORENO NIETO, L. (1971): «Toledo en la encrucijada». *Ciudad y Territorio*, núm. 4, pp. 39-51.
- MURCIA NAVARRO, E. (1974): «Los comerciantes hindúes en Santa Cruz de Tenerife». *Estudios Geográficos*, núm. 136, pp. 405-427.
- OIKOS (1975): «Notas sobre el desarrollo urbano de Santiago de Compostela en la década de los 60». *Ciudad y Territorio*, núm. 1-2, pp. 94-157.
- ORTEGA VALCÁRCCEL, J. (1990): «Cantabria», en J. Bosque Maurel y J. Vilá Valentí: *Geografía de España*. Vol. 4, Planeta, Barcelona, pp. 461-584.
- PALAU, A. (1950): *Guía turística de Oviedo*. Ed. Prados, Oviedo.
- PALLIER, G., y A. METTON (eds.) (1990): *Le commerce des centres-villes*. Actes du Colloque de Limoges, PULIM, Limoges.
- PANADERO MOYA, M. (1976): *La ciudad de Albacete*. Caja de Ahorros Provincial, Albacete.
- PEREDA DE LA REGUERA, M. (1964): *Santander: guía turística*. Ed. Cantabria, Santander.
- PEREIRO ALONSO, J. L. (1981): *Desarrollo y deterioro urbano de la ciudad de Vigo*. COAG, Santiago de Compostela.
- PÉREZ GONZÁLEZ, J. A. (1977): *El barrio de Uría en Oviedo*. Colegio Oficial de Arquitectos de León y Asturias, Oviedo.
- PÉREZ GONZÁLEZ, R. (1971): «La Laguna». *Estudios Geográficos*, núm. 124, pp. 443-565.
- PILLET, F. (1984): *Geografía urbana de Ciudad Real*. Akal, Madrid.
- PRECEDO LEDO, A., R. RODRÍGUEZ-MARTÍNEZ CONDE y M. VILLARINO PÉREZ (1989): *Vigo Área Metropolitana*. Universidad de Santiago, Fundación Caixa Galicia, Vigo.
- QUIRÓS LINARES, F. (1991): *Las ciudades españolas en el siglo XIX*. Ámbito, Valladolid.
- y S. TOMÉ FERNÁNDEZ (2001): «El proceso de urbanización. Las ciudades», en A. Gil Olcina y J. Gómez Mendoza (coords.): *Geografía de España*. Ariel, Barcelona.
- REYES DARIAS, A. (1969): *Tenerife, La Palma, La Gomera, El Hierro. Las Canarias occidentales*. Destino, Barcelona.
- RÍO FERNANDES, J. A. (1990): «Le commerce et le centre de Porto», en G. Pallier y A. Metton (eds.): *Le commerce des centres-villes*. Actes du Colloque de Limoges, PULIM, Limoges, pp. 329-343.
- RODRÍGUEZ ARZÚA, J. (1968): «Geografía urbana de Béjar». *Estudios Geográficos*, núm. 111, pp. 245-292.
- RODRÍGUEZ LESTEGAS, F. (1989): *Valor y usos del suelo urbano en Lugo*, Universidad de Santiago.
- RODRÍGUEZ LLERA, R. (1980): *La reconstrucción de Santander*. Diputación Provincial, Santander.
- RODRÍGUEZ VELARDE, B. (2000): *El urbanismo comercial*. Universidad de Jaén, Jaén.
- ROVIRA, S., y S. ROQUER (1992): «Tarragona», en M. Cahner (ed.): *Gran geografía comarcal de Catalunya*. Ediciones Enciclopedia Catalana, Barcelona, pp. 33-64.
- SALVAT, J. (dir.) (1973): *Conocer España: geografía y guía*. 10 vols., Salvat, Pamplona.
- SÁNCHEZ DEL RÍO, y otros (1989): *Curso de urbanismo de áreas comerciales*. COAM, Madrid.
- SÁNCHEZ SANTIAGO, T. (2007): *Calle Feria*. Algaida, Sevilla.
- SENABRE LÓPEZ, D. (2002): *Desarrollo urbanístico de Salamanca en el siglo XX*. Junta de Castilla y León, Valladolid.
- SILVA PÉREZ, R. (2008): «Ceuta, una ciudad singularizada por su condición de frontera», en AGE, Grupo de Geografía Urbana: *Guía para las excursiones del IX Coloquio y Jornadas de Campo de Geografía Urbana*, pp. 4-40.
- SOMOZA MEDINA, J. (2002): *Ourense, la ciudad en el tiempo y el espacio*. Universidad de León, Salamanca.
- SOU MAGNE, J. (1990): «Les spécificités du commerce dans les petites villes», en G. Pallier y A. Metton (eds.): *Le commerce des centres-villes*. Actes du Colloque de Limoges, PULIM, Limoges, pp. 62-74.
- TERÁN TROYANO, F. (1999): *Historia del urbanismo en España, III. Siglos XIX y XX*. Cátedra, Madrid.
- TROITINO VINUESA, M. A. (1992): *Cascos antiguos y centros históricos: problemas, políticas y dinámicas urbanas*. MOPT, Dirección General de Política Territorial y Urbanismo, Madrid.
- VAHÍ SERRANO, A., y J. M. FERIA TORIBIO (2007): «Estructuras urbanas y grandes formatos comerciales. El ejemplo de las áreas metropolitanas andaluzas». *Ería. Revista de Geografía*, núm. 72, pp. 35-54.
- VALENZUELA RUBIO, M. (1986): «Evolución reciente de los espacios urbanos», en Junta de Andalucía, Consejería de Obras públicas y Transportes y otros: *Estudios sobre Espacios Urbanos, II Coloquio Hispano Francés sobre Espacios Urbanos*, Madrid, pp. 39-55.

- VV. AA. (2001): *El Gran Libro de Barcelona y el litoral de Catalunya*. Salvat, Barcelona.
- ZÁRATE MARTÍN, M. A., y A. VÁZQUEZ GONZÁLEZ (1983): *El casco histórico de Toledo, ¿un espacio urbano vivo?* Zocodover, Toledo.

RECURSOS ELECTRÓNICOS

- MAIXÉ-ALTÉS, J. C. (2008): «Americanización y consumo de masas, la distribución alimentaria en España, 1947-2007». *Munich Personal RePec Archive* [en línea], paper núm. 14.786, posted 22 april 2009, 54 pp., <<http://mpa.ub.uni-muenchen.de/14786>>. [Consulta: 16/01/2011.]
- MIRÁS ARAUJO, J. (2004): «El sector comercial en A Coruña durante el primer tercio del siglo XX». *Perspectivas Urbanas* [en línea], núm. 4, 11 pp., <www.etsav.upc.edu/urbanpersp/nm04/art04-3.htm>. [Consulta: 21/07/2010.]
- TOBOSO SÁNCHEZ, P. (2002): *Grandes almacenes y almacenes populares en España. Una visión histórica*. Fundación SEPI, Documentos de Trabajo, 2, 140 pp., <www.funep.es/investigacion/sp/sdocphe.asp>. [Consulta: 20/05/2010.]